

LA SEDE DEL CENTRO ANDALUZ DE LA FOTOGRAFÍA Y LO QUE NUNCA FUE

MERCEDES MIRAS VARELA Arquitecta

Es tan corto el amor y tan largo el olvido.

Pablo Neruda

ANTES DE HABLAR DE ESTE EDIFICIO, tendríamos que saber qué es y cómo llamarlo. Ha tenido multitud de nombres: Alfolí, Teatro Viejo, el Liceo, Palacio de las Escobas... También ha tenido múltiples usos a cada cual más pintoresco: almacén de sal, lonja, lupanar, teatro, ateneo, taller mecánico, fábrica de cepillos e incluso escombrera en estos últimos años. Parece como si el edificio, a lo largo de su agitada vida, haya sido un gran contenedor capaz de albergar todo tipo de experiencias vitales a cada cual más diversa. Sin embargo, un cierto sentido de nostalgia rodea sus frágiles columnas arenizadas, quizás porque todos estos usos han sido infructuosos, y en realidad ninguno ha sido capaz de consolidarse dejando una huella en la historia de la ciudad. Ignorado y desatendido, ni siquiera aparece reflejado en planos o crónicas de la época, pasando desapercibido, sumido en la discreción y el silencio. Quizás la historia de este edificio es la historia de lo nunca fue.

Buceando en busca de referencias documentales para conocer a este desconocido, sólo encontramos vagas reseñas. El Padre Tapia, historiador local aficionado que en unos años difíciles intentó la vasta tarea de reconstruir la historia de la ciudad, escribe sobre el objeto de nuestra curiosidad: *"hasta el presente no he encontrado, ni creo que nadie haya tenido tal suerte, referencia alguna a él ni documental ni bibliográfica, lo que es raro tratándose de un edificio de esta traza"*.

Fabulando sobre aquello que pudo ser, imagina su origen en relación con actividades comerciales ejercidas por mercaderes extranjeros, y escribe que: *"el edificio actual debieron construirlo los genoveses en el siglo XVI sobre el solar de una lonja anterior"*. Inspira estas teorías suyas sobre todo en la estructura del edificio, que configura un espacio diáfano, susceptible de su utilización para el almacenaje y otras actividades mercantiles, y en su ubicación en las inmediaciones de la Puerta del Mar. Éste era el antiguo acceso a la ciudad amurallada desde el puerto, donde sabemos que se instalaron otras construcciones con fines similares, algunas de ellas también existentes hoy en día como la cercana y decadente Posada del Mar. Los expertos suponen que atribuye su origen a los genoveses porque éstos eran los principales comerciantes extranjeros del puerto de Almería desde el siglo XV, en que sustituyeron en parte a los catalanes del reino de Aragón en el comercio exterior del reino Nazarí. Sabemos, no obstante, que la relación de éstos con la ciudad es anterior; su origen está en el año 1147, cuando un ejército genovés, aliado de Alfonso VII, desembarcó en la playa de los Genoveses de Cabo de Gata para participar en la conquista de Almería. Como recuerdo de su paso, la ciudad adoptó la enseña genovesa, una cruz latina en gules sobre campo de plata desde entonces.

Sin embargo, como si misteriosamente hubiese pasado desapercibido para sus coetáneos, el propio Padre Tapia nos dice que *"el plano de 1600 lo soslaya y los eruditos lo pasan por alto. Sabemos solamente que el Liceo lo acomodó para sede suya en la segunda mitad del siglo pasado"*. Si existía entonces el edificio y son ciertas estas elucubraciones, o si su origen es posterior, es algo que nunca sabremos.

La niebla y la confusión que rodea el nacimiento de este nuestro sujeto envuelve también a historiadores más rigurosos y menos creativos, que encuentran en él elementos característicos de las construcciones almerienses del XVII y XVIII, sin aportar más datos que referencias a la utilización de elementos arquitectónicos utilizados en Almería durante ese largo periodo, como son los arcos carpaneles sobre columnas toscas, sin llegar a poder precisar mucho más.

Como siempre, vagamente, y sin saber muy bien por qué, algunos dan por seguro que a mediados del siglo XIX el edificio se identificaba como un alfolí, es decir, un almacén de sal. No resulta difícil imaginarse una gran montaña blanca de mar cristalizada, posada como un tesoro resplandeciente en lo que entonces era un diáfano patio interior.

Otros, para alentar la confusión, cuentan que en esa misma época ya era la sede del Liceo, una fundación cultural de la Almería decimonónica que estuvo presente entre 1835 y 1875 en la tranquila y provinciana vida social de la ciudad. Llegamos incluso a encontrar referencias muy

precisas que van aún mas allá y dicen que fue en el siglo XIX *“cuando el patio abierto de lo que era un almacén pasó a ser el salón de actos para acoger el Liceo”*. Sea como fuese, lo que sí que parece, es que en algún momento del siglo XIX se realizaron obras que transformaron este edificio, que pasó de ser una construcción industrial ligada al mar y al comercio marítimo, a ser un lugar para realizar actividades culturales, que finalmente acabó semiabandonado y popularmente conocido como el Teatro Viejo.

Poco más podemos contar en lo que a referencias históricas respecta, aunque los más viejos del lugar todavía recuerdan cómo al edificio lo llamaban “el Palacio de las Escobas”, porque a principios del siglo XX se instaló allí una fábrica de cepillos que alcanzó cierto renombre.

En el pasado más reciente, sumido en la decadencia y en el olvido, se utilizó como taller mecánico cuando los automóviles aún eran raros. Mis propios recuerdos son de la niñez, cuando en estado ruinoso y sin cubierta, ya sólo servía para que los críos jugásemos a perdernos por su interior, soñando con vivir otras vidas.

De todo esto, lo que es ficción o lo que es historia sólo lo saben las mudas piedras que han visto pasar, impertérritas, el transcurrir del tiempo. Envuelto en la bruma de la indeterminación, parece ser el edificio que nunca fue, quizás, incluso, lo llamen Liceo aunque nunca llegase a desempeñar dicha función.

Lo que sí sabemos es que en los últimos años el edificio ha sufrido mucho: una obra de rehabilitación fallida en 1990, una obra de emergencia en 1994 y otra de consolidación estructural en 1998. Cuando llegó a nuestras manos venía mutilado y herido: nos encontramos con un edificio apeado por un bosque de puntales amarillos que desdibujaban sus espacios interiores.

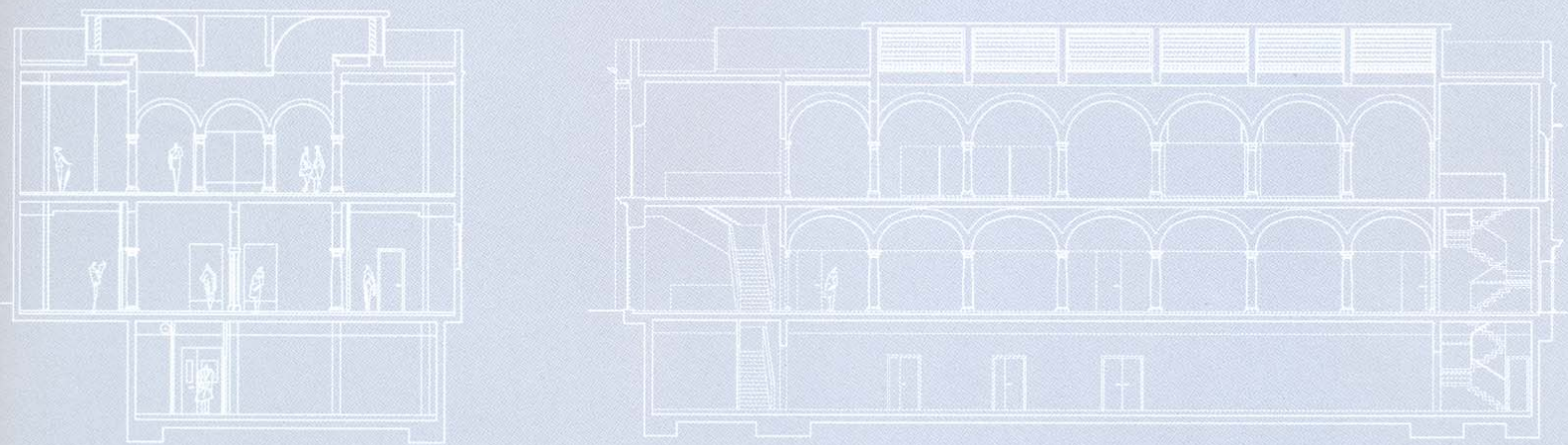
Al enfrentarnos a la obra de su rehabilitación, perdidos, apenas contábamos con referentes: la cercanía al mar, que ha estado siempre presente hasta en el nombre de las calles que lo circundan, la inspiración de la cultura como ansia de libertad y la melancolía que provoca lo decadente. Partíamos de la gran ventaja que da el saber que el edificio ha sido contenedor de todo, alojamiento para las actividades más diversas, desde lo sublime hasta lo más mundano. El uso como Centro Andaluz de la Fotografía es ahora su nuevo destino.

Con todos estos antecedentes, para hacer un edificio versátil sólo ha sido necesario respetar su propia naturaleza. Oyéndolo, escuchándolo, poniendo atención a todo eso que nos ha querido contar, parece como si él mismo hubiese decidido adaptarse para dar cobijo a esta nueva institución.

Con nuestra propuesta de intervención, pretendemos lograr un edificio polivalente y moderno en cuanto a la pluralidad de actividades posibles que puedan desarrollarse en él. Un contenedor de flujos: personas, actividades culturales y exposiciones en dinámico movimiento. Quiero pensar que pasar de guardar sal a guardar fotografías es simplemente cambiar un objeto precioso por otro.

La intervención quiere evitar ser mimética o de reconstrucción, pero al mismo tiempo pretende ser respetuosa y poner en valor lo que nos encontramos: una construcción en dos plantas y sótano, con un gran patio central circundado por arcos de piedra castigados por el tiempo.

La planta baja, con el acceso directo desde la calle, se plantea como la de servicios generales y atención al público con una sala de exposiciones en el antiguo patio interior. Dentro de esta zona nos encontramos con tres arcadas que crean un bosque de 18 pilares de piedra; la línea central de pilastras cuadrangulares, más áridas y toscas que el resto, son el recuerdo de la necesidad que hubo en algún momento de cubrir ese patio antes abierto.

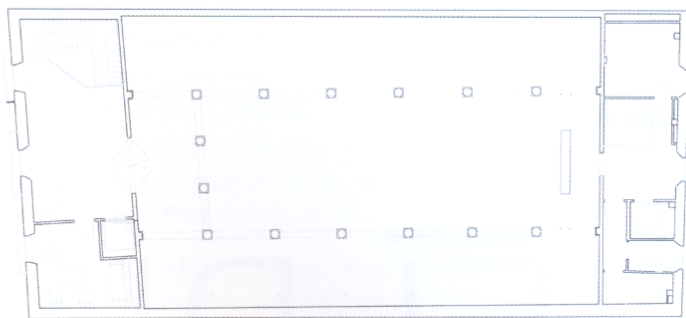


Así, nos vemos comprometidos por una estructura difícil de compartimentar si queremos seguir manteniendo su cualidad espacial. Por tanto se plantea, recordando el originario uso del edificio como almacén con un patio de acopio, el usar el perímetro de la nave como concentrador de las distintas actividades, mientras que la zona central queda como zona de exposición. A lo largo de las dos bandas dispondremos las áreas de administración, dirección, biblioteca y videoteca.

En la planta alta se reunirá toda la actividad representativa del centro, donde se expondrán las obras fotográficas y se podrán celebrar conferencias y actos culturales. Especial atención se ha puesto en la concepción de la sala principal, que intenta recuperar de alguna manera la vocación de patio que ha tenido siempre este espacio y que, con la iluminación de la sala, consigue el efecto buscado de dramatismo al canalizar la luz a través de lucernarios.

La planta sótano se vertebra y comunica longitudinalmente por un ancho pasillo definiendo una serie de zonas de almacenaje en el lado sur, mientras que en la zona norte se ubicarán usos como aulas, talleres y platós fotográficos.

Inspirándonos en la historia, que parece a veces incluso inventada de puro azarosa, pero que para nosotros es la mejor invitación a recorrer sus muros silentes, pretendemos presentar a un renovado y ya conocido edificio que sea un epicentro cultural en la ciudad. Para ello, no hay mejor ubicación que la elegida, en la que esperamos que se inicie una nueva y fructífera etapa, tanto para la institución como para la arquitectura que la aloja.



Arriba izquierda, sección transversal por lucernario. Arriba derecha, sección longitudinal. Izquierda, planta primera.